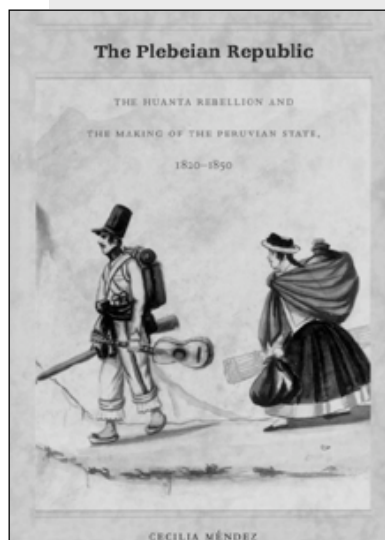


La característica distintiva del modelo de Tilly es que los problemas de las desigualdades son productos de tensiones del sistema generador. Estos problemas estimulan a su vez la producción de una nueva solución organizacional. Esta nueva solución “funcional” de la organización se vuelve en la fuente de una nueva tensión sistemática, la cual genera un nuevo problema al que le corresponde otra nueva solución organizacional y así sucesivamente. Esto ha generado que el autor no piense en soluciones definitivas de las desigualdades, sino en mecanismos explicativos que a su vez son parte de las soluciones y del problema al mismo tiempo.

Estoy de acuerdo en la importancia del análisis relacional en la explicación de fenómenos específicos como las desigualdades ya que muchos autores tienden a poner poca atención en él y se fijan más en los atributos de individuos o grupos; sin embargo, considero innecesario entrar en la discusión sobre si el análisis relacional es un esencialismo más o si Tilly promueve una ortodoxia de sus postulados o no, pues esto no es más que un confuso e inoperante juego de palabras. En el análisis relacional lo que operan son las respuestas y las soluciones indeterminadas que pueden ser estables y luego variables dependiendo de la relación y el alcance de nuestras preguntas. Las inequidades son mecanismos generadores de problemas y tensiones producto de relaciones organizacionales y no por organizaciones autónomas de la sociedad.

La obra de Tilly es importante al análisis de las desigualdades por sembrar un nuevo espíritu sociológico en el estudio de dicho fenómeno. Este espíritu se genera en un constante proceso de construcción social que es lo que le da vida al proceso y a su vez una característica estandarizada y permanente.

Daniel Pontón C.



Cecilia Méndez Gastelumendi, 2005,
The Plebeian Republic: The Huanta Rebellion and the Making of the Peruvian State, 1820-1850
Duke University Press, Durham, 343 págs.

The Plebeian Republic constituye sin lugar a dudas el mejor estudio que se ha hecho de un singular movimiento realista: el que se llevó a cabo contra la naciente república peruana desde las alturas de la provincia de Huanta, en el departamento de Ayacucho, entre 1826 y 1828. El libro, sin embargo, por su enfoque, desborda el episodio local, aportando sugerentes reflexiones sobre las actitudes políticas del campesinado indígena, la frágil constitución del Estado republicano y el papel que ha jugado el mismo en la construcción de las identidades/alteridades étnicas y locales. La autora quiere demostrar, entre otras cosas, que los campesinos de Huanta no fueron espectadores indiferentes o “carne de cañón” en las numerosas contiendas que siguieron al inicio de la República. Intenta impugnar una historiografía para la cual las poblaciones rurales no tienen una clara percepción de los conflictos nacionales, razón por la cual serían fáciles de manipular.

Como señala Cecilia Méndez en la notable introducción de su libro, la persistencia de estas interpretaciones tiene alcances insospechados. En 1983, en el apogeo de la barbarie iniciada por Sendero Luminoso, ocho periodistas fueron asesinados por los campesinos de la comunidad huantina de Uchuraccay, en aquellas mismas alturas donde anteriormente había estallado la rebelión monarquista. La reacción de la opinión pública fue, sin embargo, muy similar a la demostrada siglo y medio atrás con respecto a la rebelión: “básicamente –señala Méndez–, la misma resistencia a aceptar que los pobladores habían actuado por su propia voluntad. Si en 1983 los campesinos habían sido persuadidos por los militares, en 1826 lo habían sido por los españoles” (p. 5). De otro lado, una comisión investigadora nombrada por el gobierno llegó a la conclusión de que los habitantes de la zona, supuestos descendientes de la etnia de los *iquichas*, vivían al margen de la civilización y conservaban una hostilidad que habrían mostrado ya frente al Tawantinsuyu. La violenta reacción de los campesinos era en cierta medida comprensible, natural. Étnica. O buenos, o malos; pero salvajes.

En su investigación, la autora desbarata varios de estos mitos. Una minuciosa revisión de las fuentes coloniales tributarias, etnográficas y cartográficas la lleva a postular que esta identidad *iquichana* surgió recién en el siglo XIX, a raíz de la rebelión monarquista (pp. 226-227). Posteriormente, a inicios del XX, intelectuales locales mestizos reivindicarían (inventarían, en el sentido de Hobsbawm) una tradición que hace hincapié en la ancestral belicosidad del huantino o *iquichano*, buscando ellos de esta manera posicionarse frente al galopante centralismo limeño. La mencionada comisión investigadora recogería acriticamente estas leyendas. En ese sentido, el caso estaría mostrando cómo la escasa historización de ciertos temas –por la incomodidad que causa la presencia de peruanos realistas, en esta ocasión– puede contribuir a colonizar la mirada frente a los “otros”, cuyas acciones, al no tener

explicación racional, se archivan en el ámbito de lo inmemorial o mágico-religioso.¹

Por el contrario, Méndez demuestra que esta rebelión monarquista defendió intereses concretos, siendo dirigida principalmente por grupos de poder local cuyo sostén económico giraba en torno a la producción y distribución de la coca. El Estado borbónico había incentivado el desarrollo de esta actividad en Huanta, proveyendo, por ejemplo, composiciones de tierras y exenciones tributarias a quienes instalasen nuevos cultivos. Estos favores de la corona ayudarían a comprender la militancia realista de la provincia (pp. 71-72). Las guerras de independencia desbaratan los activos circuitos mercantiles cocaleros. Uno de los afectados debió de ser sin duda el indio José Antonio Huachaca, máximo líder del inminente levantamiento, quien vivía del arriaje y no tenía mayores propiedades (p. 239). Los cupos de guerra no cesan con el advenimiento de la república; se transforman en represalias. Y es así como la prédica de los capitulados peninsulares y criollos habría encontrado aquí, a pocas leguas del campo de batalla de Ayacucho, refugio y suelo propicio.

En los diferentes capítulos, la autora examina la geografía y demografía de la zona, la ideología realista de los huantinos, sus formas de producción y comercio, la tenencia de la tierra, relata los acontecimientos de la rebelión y describe minuciosamente sus emplazamientos militares.

Uno de los capítulos más interesantes para la discusión es el VI, donde se analiza la composición y el comportamiento de los dirigentes de la rebelión. Sus máximos líderes eran indígenas, a diferencia, por ejemplo, del movi-

1 En este punto sería interesante una comparación con el caso de los pastusos, acérrimos realistas que participaron luego en las luchas caudillistas de la política colombiana. Actualmente, los nativos de la zona controlan la memoria histórica de aquellos hechos mediante la narrativa que producen sus propios intelectuales. Véase Joanne Rappaport, 1994, *Cumbe Reborn: An Andean Ethnography of History*, University of Chicago Press, Chicago.

miento de Túpac Amaru II, donde fueron más bien criollos y mestizos (p. 183). No eran curacas ni alcaldes de indios; su autoridad obedecía a criterios poco tradicionales. Componían, en su mayor parte, un sector diferenciado del campesinado, a la par que inserto culturalmente en él, y que vivía principalmente de la circulación de la hoja de coca: arrieros, comerciantes, pequeños hacendados. Agentes rurales más que campesinos. Méndez sostiene que la legitimidad de estos dirigentes no descansaba en criterios étnicos sino en la habilidad que demostraban para la conducción de la guerra —el hábitat cotidiano de la independencia en adelante—. El nombramiento de un indígena como subdelegado, un cargo que durante el orden colonial estaba reservado para españoles, y que recientemente había ocupado uno de los grandes terratenientes de Huanta, le lleva a proponer una “disolución de las etnicidades” en el transcurso de la rebelión (p. 187). Considero que este último punto es discutible, pues la dirigencia de la rebelión estaba económicamente diferenciada del campesinado, y varios estudios revelan cómo desde la colonia tardía clase y etnia tendían a superponerse en el mundo rural andino.² Sin embargo, la tesis de la legitimación por la guerra sí parece ser cierta; un tipo inédito de liderazgo montonero “indígena” al que valdría la pena seguir en otros contextos.³

Precisamente, en el capítulo VII, la autora examina de cerca la participación de los montoneros de Huanta en las guerras civiles de la década subsiguiente. A pesar de haber desafiado anteriormente al Estado —o quizás precisamente

por esta causa, ser políticamente relevantes—, fueron llamados varias veces por los gobiernos para combatir a los caudillos que pretendieron tomar el poder por la fuerza. Méndez presenta cartas de extraordinario valor en las que los generales de Orbegoso y este mismo presidente prácticamente ruegan a sus antiguos rivales, los montoneros huantinos, para que les ayuden a derrotar al golpista Gamarra en su paso por Ayacucho (pp. 195-6). Asimismo, documenta la participación de los huantinos del lado de Santa Cruz durante el episodio de la Confederación Perú-Boliviana. La autora demuestra que los montoneros de Huanta tendieron a forjar alianzas políticas con el liberalismo, o contra el conservadurismo expresado en la persona de Gamarra.

The Plebeian Republic es, sin embargo, mucho más que una historia de batallas y ambiciones de caudillos. Supone toda una interpretación de un período de la historia peruana. A partir de la independencia, el Estado se imagina como centro de los conflictos y su toma como la solución. Sin embargo, el mismo no estaba en capacidad de garantizar sus fronteras, su continuidad institucional y su dominio sobre el interior del país —donde se pelean todas las batallas importantes del período—, razón por la cual se habría visto en la necesidad, generalmente incómoda, de negociar con los poderes locales y de incentivar a veces su participación violenta. En ese sentido, los notables hallazgos de Cecilia Méndez cuestionan el supuesto temor que habrían tenido los criollos para movilizar a los campesinos como producto de la sublevación de Túpac Amaru II. El título del libro, “La república plebeya”, sugiere un contraste con otra época de la historia peruana —inicios del siglo XX— conocida como la “república aristocrática”, momento en que la expansión del capital y del latifundio habrían de facilitar el dominio del Perú urbano sobre el rural.

José Luis Igue Tamaki
Pontificia Universidad Católica del Perú
igue.jl@pucp.edu.pe

2 El más influyente de ellos ha sido el de Karen Spalding, 1974, *De indio a campesino*, IEP, Lima.

3 Tómese, por ejemplo, el caso poco estudiado de Ignacio Quispe Ninavilca, descendiente del curacazgo de Huarochirí, en la sierra de Lima. Durante las guerras de independencia destaca del lado patriota como hábil dirigente montonero, luego con la república es electo diputado para el Congreso Constituyente y, posteriormente, participa de las guerras caudillescas recuperando la ciudad de Lima para Santa Cruz en su campaña contra Salaverry. Véase Cristóbal Aljovín, 2000, *Caudillos y constituciones: Perú, 1821-1845*, PUCP. IRA / FCE, Lima, pp. 200-201.